

SEGUNDA ETAPA DE LA GUERRA FRÍA

Por **EDUARDO HARO TECGLÉN**

CARTA del capitán piloto Edwin G. Shank, Jr., combatiente americano —con el título de "instructor" o "auxiliar técnico"— en el Vietnam, dirigida a su esposa:

"Estoy aquí haciendo el mejor trabajo posible por mi país; sin embargo, mi país no hará nada por mí, por mis camaradas, ni siquiera por él mismo. Estoy seguro de que no se hará nada aquí hasta después de las elecciones. ¿Por qué? Porque los votos son más importantes que mi vida o la de mis camaradas." Esta carta está fechada el 20 de enero. Un mes más tarde, el 24 de febrero, escribía: "Estamos haciendo lo que podemos: luchamos y morimos, y al mundo le trae sin cuidado. Se miente al país cuando se habla de nosotros: oficialmente, ni siquiera existimos. Es preciso que vengan en nuestra ayuda rápidamente, o esto terminará con un segundo Dien-Bien-Fu. Que Dios nos ayude." Esta fue su última carta: unos días después de enviarla, el capitán Shank moría con su copiloto —un vietnamita— sin haber podido conocer a su cuarto hijo. Sin siquiera saber bien por qué moría. "No sé qué se está fabricando en los Estados Unidos —decía en otra carta—: os cuentan que nos dedicamos al entrenamiento, y estamos en guerra. Volamos y combatimos. Estamos perdiendo." "No podemos ni siquiera salvar la cara aquí, porque ya no hay cara que salvar." Quizá murió por el Pacto de Manila de 1954, o por la Conferencia de Ginebra del mismo año. Tal vez luchaba y moría por el neutralismo de la Península Indochina. Pero posiblemente estaba muriendo por un puñado de votos en las elecciones presidenciales de su país. Un puñado de votos que hacen que no se le pueda socorrer, pero que tampoco se le pueda retirar. Su muerte puede haber sido a manos de sus enemigos —es decir, de las gentes contra las que estaba disparando—, pero puede ser también a manos de las personas a quienes defiende, de sus supuestos aliados: hay sospechas de que a veces los propios vietnamitas, los propios laosianos "de derechas", han derribado aviones de los Estados Unidos para tratar de conseguir una mayor intervención norteamericana. El periodista Georges Penchenier —testigo de excepción, con participación directa en los acontecimientos de Indochina— relata ("Le Monde", 23 de mayo) lo siguiente: "Durante dos años, de 1960 a 1962, los "boinas rojas" de Kong Le (el general anticomunista de Laos) tenían la consigna de disparar contra todo aquello que llevase las siglas U. S. No dejarían pasar semejante ocasión. El 27 de noviembre de 1962 un "C-123" americano fue abatido por ellos, y no por el Patet Laos". La tesis de Penchenier es ésta: los acuerdos de neutralización conseguidos en Ginebra en 1962 no han existido nunca en la práctica. Han sido continuamente violados de una parte y de otra en Laos. Lo que está ocurriendo ahora en aquella parte de la Península Indochina no es nuevo, viene sucediendo desde hace dos años. "Laos rima con caos", dice un editorial de "Le Monde"; no es sólo Laos: la anarquía, el desastre, la guerra ruinosa, los muertos inútiles, el dinero dilapidado, es algo continuo en toda la Península. Francia cayó, en 1954, en un verdadero desastre militar, del que los militares culpaban fácilmente al Gobierno de París —como los militares americanos culpan ahora a los políticos de Washington—, después de unos años de guerra desastrosa. Los americanos dejaron perecer friamente a Francia en virtud de un principio de filosofía política: Francia era una potencia colonial que trataba de imponer su imperialismo a un pueblo que quería su libertad. Cuando Francia abandonó, los Estados Unidos se precipitaron a enviar a la península su dinero, sus soldados, sus aviones, sus "instructores", sus "consejeros militares", en nombre de otro principio político filosófico: ayudar a los Gobiernos libres de países libres a defenderse del comunismo. Francia, claro, vuelve la oración por pasiva: era ella —dice— la que defendía Indochina del comunismo; son los americanos los que persiguen fines imperialistas.

ESTAMOS asistiendo ahora a lo que los titulares de la prensa mundial denominan "un endurecimiento de la posición de Estados Unidos en el Sudeste asiático". Hay una amenaza de intervención directa de los Estados Unidos en Laos —se dice que 5.000 marines pueden caer sobre la llanura de los Jarros—; un recrudecimiento de la ayuda al Gobierno del Vietnam; unas amenazas a Camboya, que protesta ante las Naciones Unidas. De una manera puramente académica, los políticos de Washington procuran separar cada uno de los asuntos de la Península Indochina. En realidad, los tres países están unidos por un mismo problema, sus fronteras son perfectamente permeables, sus intereses son aproximadamente los mismos. Las guerrillas pasan fácilmente de uno a otro territorio: no es fácil distinguir los naturales de uno u otro país. Los "Ejércitos nacionales" están desmoralizados, minados por la corrupción. Los golpes de Estado se suceden, y tienen las mismas características. Todo esto viene sucediendo, en condiciones más o menos similares, desde hace diez años. ¿Por qué se reactiva ahora, por qué se aplica ahora toda el arma de propaganda a describir una situación caótica que no es nueva? Muy probablemente, la proximidad electoral tiene una gran relación. El difunto capitán Shank lo sabía muy bien, como deben saberlo todos sus compañeros de lucha en el Vietnam. La C. I. A. —los servicios especiales americanos— y algunos militares norteamericanos en Indochina no deben ser ajenos a esta creación psicológica. Kennedy fue abocado a ponerse a unos milímetros de la guerra en la famosa crisis de Cuba —si bien tuvo la habilidad de convertir aquella crisis en una nueva posibilidad de paz— precisamente por maniobras de la oposición y de algunos servicios especiales; Johnson puede estar en una similar posición con respecto a los acontecimientos indochinos, donde la amenaza se exagera, se desborda. No porque la catástrofe no exista realmente, puesto que no ha dejado de existir, sino porque es difícil creer que los intereses particulares de Estados Unidos se encuentren realmente en peligro.

El domingo pasado, 24 de mayo, el senador Goldwater —el hombre que sube, el hombre que trata de conseguir el poder máximo— decía, en un discurso electoral, que la situación en Indochina puede resolverse con el lanzamiento de unas cuantas bombas atómicas de "pequeña potencia" —como si en el arma atómica pudiera hablarse en ningún caso de pequeña potencia— en las zonas "rebeldes", y con otras bombas atómicas que destruyeran las comunicaciones con China y Vietnam del Norte. Es una versión modesta de las ambiciones militares de Mac Arthur durante la guerra de Corea, cuando pretendió crear un "cinturón de cobalto" en la frontera china. Mac Arthur tenía poder para hacer semejante cosa, y fue inmediatamente destituido por el Presidente Truman, que no era, sin embargo, un blando y que había manejado ya con cierta desenvoltura las bombas atómicas sobre el Japón. Goldwater, naturalmente, no tiene poder para esta acción y, si lo tuviera, si fuese Presidente de los Estados Unidos, se abstendría de la disparatada acción que ahora preconiza. ¿Por qué, entonces, la propone? Para devaluar la posición de Johnson. Para acusarle de débil, de abandonista, de mantener a la defensiva la nación "más fuerte del mundo". O para forzarle a una acción militar —desde luego, no atómica: ése es un riesgo que hay que desechar totalmente— que vuelva a colocar al país en un punto **SIGUE**



VETERANO es de OSBORNE

oiga gusta eso
VETERANO
tiene eso

grave de guerra fría. Johnson no puede resistir esta ofensiva. Por lo menos, tiene que hacer como que hace. Sus ministros —Dean Rusk, Mac Namara— están lanzando ahora todas las amenazas, todas las advertencias, que conocemos y que leemos con los títulos de "endurecimiento americano en el Sudeste asiático". Ese endurecimiento aparente tiene forzosamente que irse convirtiendo en endurecimiento real, para evitar que la catástrofe militar se produzca antes de las elecciones.

Sin embargo, los consejeros civiles de Johnson, y probablemente el propio Presidente, están convencidos de que un despliegue de fuerza será totalmente inútil. Un periodista que pasa por muy bien informado del pensamiento oficial de Washington, Max Frankel, escribía, en el "New York Times" (22 de mayo), este significativo párrafo: "La fuerza, por sí sola, parece incapaz de cambiar la incómoda situación del Vietnam del Sur o de mantener el frágil equilibrio con los comunistas en Laos. No ha sido suficiente para impresionar a los nerviosos neutralistas de Camboya, y no ha bastado para mantener la confianza en Tailandia, que es un aliado occidental". En consecuencia, Estados Unidos ha intentado una campaña diplomática, y ha fracasado. No ha conseguido interesar a sus supuestos aliados de la OTAN en La Haya, no ha conseguido nada con la desesperada solicitud de mediación a los países occidentales que mantienen relaciones con China. En su lugar, le han llovido una serie de sugerencias con las que no sabe qué hacer, y que consisten, principalmente, en la convocatoria de nuevas conferencias para una nueva neutralización.

* * *

UNA aparente solución parece estar abriendo paso estos días en Washington. Consiste en la apertura de un frente de guerra fría, según nuevas normas políticas. Parece como si la sociedad americana tuviera necesidad de vivir en guerra fría, como esos hombres demasiado sanos, demasiado fuertes, que se ven envueltos en peleas inverosímiles donde desgastan, en cierta forma, lo que les sobra. La doctrina consiste en que, sin necesidad de llegar a las bombas atómicas propuestas por Goldwater, con las cuales se pasaría inmediatamente de la guerra fría a la guerra caliente, pudiera englobarse toda la Península de Indochina en una guerra de frente continuo, no de guerrillas, que separase un Norte, suministrado en armas y hombres por China, de un Sur, alimentado por los Estados Unidos —aunque esta vez no pudieran hacerlo bajo la cobertura de la bandera de la ONU, como lo hicieron en Corea, porque la ONU no quiere oír hablar de esta aventura, aunque haya sido ya propuesta por Dean Rusk—. El caos se convertiría en una guerra clásica, en una guerra localizada y pequeña —relativamente pequeña: no olvidemos que en Corea, y es un dato que frecuentemente se pasa por alto, los norteamericanos tuvieron, por sí solos, ciento cincuenta y siete mil bajas— que sirva de base a una guerra fría política. La novedad de esta guerra fría es que no sería contra la URSS, sino contra China. Y tendería a separar a la Unión Soviética más aún de su aliada China, de la misma forma que la primera etapa de la guerra fría, en cuya tregua estamos aún —una tregua trufada de acciones-espía, de micrófonos ocultos, de discursos ceñudos—, pero tregua, al fin—, sirvió para hacer desaparecer posibles alianzas con la URSS en muchos países del mundo, y para tratar de barrer el comunismo en Europa.

Se sabe que entre las diferencias planteadas entre China y la Unión Soviética, una de ellas es la política en Asia, y ello en razón de las diferencias ideológicas de base. Por ejemplo, en Laos, la URSS parece favorecer el equipo neutralista, mientras China favorece el abiertamente comunista y los Estados Unidos —o, por lo menos, la CIA y los militares— a los generales antineutralistas y anticomunistas. La URSS parece decidida a mantener un statu quo en Asia; China, a cambiar la situación en favor de un comunismo que parece dotado de todas las posibilidades de ganar ahora la batalla definitiva. Si Washington acentúa sus puntos de contacto con la URSS, incluso mediante una "conferencia en la cumbre", y mantiene, al mismo tiempo, una guerra indirecta con China, podría suponerse que la URSS se alejaría aún más de las posiciones chinas, que el cerco a este inmenso país crecería. Al mismo tiempo —y de ahí los tanteos hechos en La Haya—, numerosos países europeos y, en general, de todo el mundo, que parecen cada vez más dispuestos a un reconocimiento de la China comunista congelarían sus tendencias, se alejarían de una nación presentada como agresora y se unirían más a los Estados Unidos.

De esta forma, el Presidente Johnson conseguiría quitar a la oposición la baza con que ésta le está amenazando, puesto que, al abrir un frente de combate, ya no podría ser acusado de debilidad; esclarecería aparentemente el frente indochino, al sustituir una guerra "sucia" de guerrillas y desgaste por una guerra "limpia" de frente continuo, y alcanzaría una situación política privilegiada: el regreso de sus aliados —entre ellos, Francia— a la posición antichina, y a la ruptura definitiva de Moscú con Pekín.

LA jugada, como se ve, es perfecta. No tiene más que un problema, y es que todos sus supuestos son falsos. Todo podría salir exactamente al revés.

La mayor parte de los expertos militares no americanos coinciden —y los franceses lo proclaman a gritos, con su experiencia de hace diez años— en que no hay "limpieza" posible en Indochina, y que la única solución al conflicto es la neutralización. Muchos creen, sin embargo, que la etapa de neutralización ha sido superada ya, y que lo único que procede es el abandono puro y simple de unas posiciones podridas, para concentrar la defensa, militar y política, en Estados hasta ahora seguros, como son Tailandia, Filipinas, Borneo, Malasia. Estas naciones comienzan ya a contaminarse de la catástrofe, pero aún contienen Gobiernos a los que Occidente puede fortalecer. El intento de crear un frente continuo sería suicida, dicen estos expertos: las retaguardias estarían abiertamente amenazadas por las guerrillas, y el final sería una catástrofe de tipo Dien-Bien-Fu.

Pero, en el supuesto de que este frente pudiera estabilizarse, quedaría por comprobar que su alcance político es el deseado. La idea de que, por una guerra fría en Indochina, De Gaulle iba a volverse atrás de su amistad con China es puramente descabellada. Probablemente, los franceses desean con fervor que los Estados Unidos se lancen a una guerra masiva en Indochina y que la pierdan: sería la justificación de su derrota de 1954, y sería, también, una venganza soberana del abandono en que les dejaron entonces los Estados Unidos, para luego reparirse sus despojos. El foso abierto entre Francia y Estados Unidos perdurará mientras viva De Gaulle, y no hará más que profundizarse. De Gaulle pretende hasta modificar la historia: ni él ni su primer ministro, su Pompidou, acudirán, el 6 de junio, a los actos conmemorativos del desembarco angloamericano en Normandía, que sirvió, indudablemente, para la liberación de Francia; asistirán, en cambio, a la conmemoración del aniversario del pequeño desembarco de Provenza. En cuanto a los países africanos, sea lo que sea lo que sus representantes digan privadamente en Washington, el fondo de su sentimiento es que Estados Unidos conducen, en Indochina, una guerra colonial. Muchos de ellos consideran la amistad con China como primordial.

La baza que podría aparecer como principal en esta jugada es también muy dudosa: la separación de Moscú y Pekín. Hay quien cree, como la vieja sibila Geneviève Tabouis, que un ataque americano contra Laos, contra el Vietminh, contra China, podría servir para que los rusos y los chinos "pudieran rehacer su unión, al menos, en este caso particularmente preciso y peligroso". Otro periodista francés, Thomas Lenoir, cree que un ataque contra el Vietminh supondría la intervención inmediata "no sólo de China, sino también de la URSS". El italiano Augusto Guerriero (editorialista en el "Corriere della Sera", extrema derecha) escribe a su vez: "Frente a una acción americana contra el Vietnam del Norte, muy probablemente se reconstruiría la solidaridad entre Moscú y Pekín. Y la reconstrucción del mundo comunista sería para los Estados Unidos un mal peor que la pérdida de todo el Sudeste asiático". Puede decirse que, en general, todos los editoriales europeos coinciden en esta apreciación, y que solamente algunos americanos insisten en que, en el caso supuesto, la URSS se desgajaría de China. Hasta ahora, Moscú está condenando la intervención americana: no hay razón para suponer que la aprobase si esta intervención se hiciese mayor y más grave.

El ataque norteamericano al Vietminh sería un error grave. Pero no hay razón ninguna para suponer que no vayan a cometerlo.

* * *

NO hay ninguna razón tampoco para creer que esta nueva etapa de la guerra fría sea, finalmente, más que una serie de juegos electorales, como está ocurriendo con los pseudo-ataques a Cuba, y como puede plantearse en algún punto más del globo. La creencia de que de nuevo está jugándose la paz del mundo debe ser rápidamente abandonada. Todo lo que está pasando es un problema interior de los Estados Unidos. De esta inmensa caja de truenos que es la política norteamericana se escapan algunos y asustan al mundo. Es grave, y es dramático, que por una maniobra política mueran algunos infelices en playas cubanas —para evitar una mejora de relaciones entre Washington y La Habana—, que caigan cientos de personas diariamente en Indochina, o que el poder cambie de manos en Brasil. Son cosas que pueden irritar a los seres humanos, en tanto que tales, pero que no pueden, ni probablemente lo pretenden, alterar el camino del mundo. A escala histórica son aventuras sin importancia. Aunque esto no pueda consolar jamás a la viuda y a los cuatro huérfanos del capitán Shank.